

la noticia del arresto de Ascanio y del rapto de Colomba; que Benvenuto había corrido á su taller hecho un loco, gritando: «¡A la fundición! ¡A la fundición!», y él, Aubry, al Châtelet. Entonces se separaron, y Santiago no sabía nada más de lo ocurrido desde aquel momento en el palacio de Nesle.

Pero á la Iliada general sucedió la Odisea privada. Aubry contó á Ascanio su contrariedad al ver que no querían prenderle, su visita á casa de Gervasia, la denuncia de ésta al juez de lo criminal, su terrible interrogatorio, que no había tenido otro resultado que aquella multa de veinte escudos, multa tan humillante para el honor de Gervasia, y, por último, su encuentro con Marmagne, en el momento en que empezaba á desesperar de ser preso; luego, á partir de allí, todo lo que hubo ocurrido hasta el instante en que, no sabiendo á qué calabozo iba á parar, había, al romper con su cabeza la costra de tierra que le quedaba por taladrar, reconocido, á la luz de la lámpara, á su amigo Ascanio.

Después de lo cual ambos amigos se echaron otra vez uno en brazos del otro, y se abrazaron repetidamente.

Y ahora—dijo Aubry—escúchame, Ascanio, no hay tiempo que perder.

—Pero—dijo Ascanio—ante todo háblame de Colomba. ¿Dónde está Colomba?

—¿Colomba? Nada sé; creo que en casa de la duquesa de Etampes.

—¡En casa de la duquesa de Etampes!—exclamó Ascanio—. ¡En casa de su rival!

—Entonces, ¿es verdad lo que se dice del amor que por tí siente la duquesa?

Ascanio se ruborizó y balbuceó algunas palabras ininteligibles.

—¡Oh! No hay que ruborizarse para eso—dijo Aubry—. ¡Peste! ¡Una duquesa! ¡Y una duquesa que es la favorita del rey! No alcanzaré yo fortuna semejante. Pero volvamos á nuestro asunto.

—Sí—dijo Ascanio—, volvamos á Colomba.

—¡Bah! No se trata de Colomba, sino de una carta.

—¿Qué carta?

—De una carta que te ha escrito la duquesa de Etampes.

—¿Y quién te ha dicho que yo poseo una carta de la duquesa de Etampes?

—Benvenuto Cellini.

—¿Por qué te ha dicho eso?

—Porque le hace falta esa carta; porque esa carta le es necesaria; porque yo me he comprometido á llevársela; porque todo lo que yo he hecho, en fin, ha sido sólo para tener esa carta.

—Pero ¿qué quiere hacer con la carta Benvenuto?—preguntó Ascanio.

—A fe mía que no lo sé, ni me importa. El me dijo: «Necesito esa carta». Yo le dije: «Está bien, yo la tendré». He procurado que me prendan por ella; heme aquí; dámela, y yo me encargo de hacerla llegar á manos de Benvenuto. Pero ¿qué tienes?

Esta pregunta era motivada por haberse puesto demasiado sombrío el rostro de Ascanio.

—Tengo, mi pobre Aubry, que has perdido tu trabajo.

—¿Cómo?—exclamó Santiago—. Esa carta... ¿No tienes esa carta?

—Aquí está—dijo Ascanio metiendo la mano en el bolsillo de su jubón.

—¡Ah! Enhorabuena; entonces dámela y se la llevaré á Benvenuto.

—Esta carta no se separará de mí jamás.

—¿Por qué?

—Porque ignoro lo que quiere hacer Benvenuto con ella.

—Quiere utilizarla para salvarte.

—Y para perder á la duquesa de Etampes quizás. Aubry, yo no perderé nunca á una mujer.

—Pero esa mujer quiere perderte á ti. Esa mujer te detesta; no, me equivoqué, esa mujer te adora...

—Y tú quieres que á cambio de esa adoración...

—Es exactamente igual que si te aborreciese, puesto que tú no la amas; además, es ella quien lo ha hecho todo.

—¿Cómo quien lo ha hecho todo?

—Sí; ella es quien te ha hecho prender, es ella quien ha robado á Colomba.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie; pero ¿quién quieres tú que haya sido?

—El preboste, el conde de Orbec, Marmagne, á quien confiesas que se lo has dicho todo.

—¡Ascanio! ¡Ascanio!—exclamó Aubry desesperado—. ¡Mira que te pierdes!

—Prefiero perderme á cometer una mala acción, Aubry.

—Eso no es una mala acción, puesto que Benvenuto se encarga de realizarla.

—Escucha, Aubry—dijo Ascanio—, y no me guardes rencor por lo que voy á decirte. Si fuera Benvenuto quien ocupase tu lugar; si fuera él quien me dijera: «Esa duquesa de Etampes, tu enemiga, es quien te ha hecho prender, quien ha robado á Colomba, quien la tiene en su poder, quien quiere violentar su voluntad; no puedo saber de Colomba más que con ayuda de esta carta», yo le haría jurar que no había de enseñarla al rey, y se la entregaría. Pero Benvenuto no está aquí; yo no tengo ninguna seguridad de que mi persecución proceda de la duquesa. Esta carta no estará segura en tus manos, Aubry; perdóname, pero tú mismo has confesado que eres un loco atrevido.

—Te juro, Ascanio, que el día que acabo de pasar me ha hecho envejecer diez años.

—Se te puede perder esa carta, ó puedes hacer mal uso de ella, con buena intención seguramente, Aubry. Esta carta permanecerá donde se encuentra.

—Pero amigo mío—exclamó Aubry—, fijate en que Benvenuto ha dicho que esa carta puede salvarte.

—Benvenuto me salvará sin ella, Aubry; Benvenuto tiene la promesa del rey de que le otorga

gará la gracia que pida el día en que esté fundido su Júpiter. Ahora bien; cuando tú creíste que Benvenuto se volvía loco porque gritaba: «¡A la fundición! ¡A la fundición!», era que Benvenuto empezaba á salvarme.

—¿Y si fracasara la fundición?—dijo Aubry.

—No hay cuidado—replicó Ascanio sonriendo.

—Eso les sucede á los fundidores más hábiles de Francia, según se asegura.

—Los fundidores más hábiles de Francia sólo son unos aprendices al lado de Benvenuto.

—¿Cuánto tiempo puede durar esa fundición?

—Tres días.

—Y para presentar al rey la estatua, ¿cuánto tiempo hace falta?

—Otros tres días.

—Total, seis ó siete, por lo que veo. ¿Y si de aquí á seis ó siete días la duquesa de Etampes obliga á Colomba á casarse con Orbec?

—La duquesa de Etampes no tiene ningún derecho sobre Colomba. Colomba se resistirá.

—Sí; pero el preboste tiene derechos sobre Colomba, porque es su hija; el rey Francisco I tiene derechos sobre Colomba, como su vasalla; si el preboste ordena, si el rey ordena...

Ascanio palideció horriblemente.

—Si cuando Benvenuto logre tu libertad, Colomba fuera ya mujer de otro, di, ¿qué harías tú con la libertad?

Ascanio se pasó una mano por la frente para enjugar el sudor que hacían brotar en ella las palabras de Santiago, mientras con la otra buscaba en su bolsillo la carta salvadora; pero en el momento en que Aubry creía que iba á ceder, movió la cabeza, como para desterrar toda irresolución.

—¡No!—dijo—; ¡no! ¡Solo á Benvenuto! Hablamos de otra cosa.

Y pronunció esas palabras en un tono que indicaba que era, por el momento al menos, perfectamente inútil insistir.

—Entonces—dijo Aubry aparentando tomar interiormente una resolución—, entonces, amigo mío, si hemos de hablar de otra cosa, hablaremos también mañana por la mañana, ó por la tarde, pues mucho me temo que nos van á tener presos bastante tiempo. En cuanto á mí, te confieso que como estoy muy fatigado por mis amarguras del día y mi trabajo nocturno, necesito descansar un poco. Así, pues, quédate aquí y yo volveré á mi calabozo. Cuando tengas deseos de volver á verme, llámame. En el ínterin, pon esta estera en el agujero que he hecho, para que no se interrumpan nuestras comunicaciones. ¡Buenas noches! Y como la noche es excelente consejera, espero que mañana te encontraré más razonable.

Y diciendo estas palabras, sin querer escuchar las observaciones de Ascanio, que procuraba retenerle, Aubry volvió á meterse de cabeza por el pasadizo, y arrastrándose, llegó á su calabozo. Respecto á Ascanio, siguiendo el consejo que le diera su amigo, apenas hubieron desaparecido á su vista las piernas de éste, colocó la estera en el ángulo de la prisión. La vía de comunicación que acababa de establecerse entre los dos

calabozos desapareció, pues, completamente á la vista.

Luego arrojó su jubón sobre una de las dos sillas que, con la mesa y la lámpara, componían su mobiliario, se tendió en el lecho, y atormentado por la inquietud que sentía, durmióse pronto, pues las fatigas del cuerpo dominaron á los tormentos del espíritu.

En cuanto á Aubry, en lugar de seguir el ejemplo de Ascanio, aunque, por lo menos, tenía tanta necesidad de sueño como él, se contentó con sentarse en el escabel y dedicarse á reflexionar profundamente, lo cual, como sabe el lector, era tan perfectamente opuesto á sus costumbres, que evidentemente meditaba algún golpe decisivo.

La inmovilidad del estudiante duró un cuarto de hora, poco más; luego se levantó lentamente, dió algunos pasos como hombre que tiene resueltas todas sus dudas, y avanzó hacia su agujero, donde se agazapó de nuevo, pero con tanta precaución y guardando un silencio tan profundo aquella vez, que al momento en que llegó al otro lado, levantó la estera con la cabeza y advirtió con alegría que la operación que acababa de realizar no había despertado á su amigo.

Eso era todo lo que deseaba el estudiante; también con precauciones, aún mayores que las adoptadas hasta entonces, salió lentamente de su galería subterránea, se acercó, conteniendo la respiración, á la silla donde estaba colocado el jubón de Ascanio, y fija la mirada en el durmiente, atento el oído al más leve rumor, cogió del bolsillo la preciosa carta, tan ambicionada por Cellini, y puso en el sobre otra de Gervasia, plegada exactamente en la misma forma que lo estaba la de la duquesa, pensando que, mientras Ascanio no la abriera, le haría creer que era la misiva de la hermosa Ana d'Heilly la que aún permanecía en su poder.

Luego, con el mismo silencio, arrastró la estera, la levantó, se escurrió otra vez por el agujero y desapareció como los fantasmas que se hunden por los escotillones en la Opera.

Ya era tiempo, pues apenas volvió á entrar en su calabozo oyó que la puerta del de Ascanio giraba sobre sus goznes, y la voz de su amigo exclamaba con el acento de un hombre que se despierta sobresaltado.

—¡Quién va!

—Yo—respondió una voz dulce—. Nada temáis, es una amiga.

Ascanio, á medio vestir, como hemos dicho, se levantó al oír aquella voz que creyó reconocer, y al resplandor de la lámpara vió una mujer cubierta con un velo. Aquella mujer se acercó despacio á él y se descubrió. No se había engañado: aquella mujer era la duquesa de Etampes.

XXXV

DONDE SE PRUEBA QUE LA CARTA DE UNA PLANCHADORA, CUANDO SE QUEMA, HACE TANTA LLAMA Y TANTA GENIZA COMO LA DE UNA DUQUESA.

Había en el rostro de la bella Ana d'Heilly una

mezcla de compasión y de tristeza, por la cual se dejó engañar Ascanio, y que le confirmó antes de que la duquesa hubiera abierto la boca, en la idea de que era enteramente inocente de la catástrofe de que él y Colomba acababan de ser víctimas.

—¡Vos aquí, Ascanio!—dijo ella con voz melódica—. ¡Vos, á quien yo quise regalar palacios, estáis en una prisión!

—¡Ah, señora!—exclamó el joven—. ¿Es, pues, cierto, que vos sois ajena á esta persecución que sufrimos?

—¿Habéis podido sospecharlo siquiera, Ascanio?—dijo la duquesa—. Entonces tenéis razón para odiarme, y á mí no me queda más recurso que el de llorar en silencio la desgracia de ser tan mal comprendida por quien yo conozco tan bien.

—No, señora, no—dijo Ascanio—. Me han dicho que fuisteis vos quien lo dirigió todo; pero yo no quise creerlo.

—¡Bien, Ascanio! Vos no me amáis, lo sé, pero al menos vuestro rencor no llega al extremo de ser injusto. Tenéis razón, Ascanio; no solamente no he dirigido yo nada, sino que lo ignoraba todo. El preboste Roberto de Estourville fué quien, con mucha prisa, no sé cómo, enteró al rey de todo y obtuvo la orden de prenderos y de apoderarse de Colomba.

—¿Y está Colomba en casa de su padre?—preguntó Ascanio con viveza.

—No—dijo la duquesa—. Colomba está en mi casa.

—¡En vuestra casa, señora!—exclamó el joven—. ¿Por qué en vuestra casa?

—Es muy hermosa, Ascanio—murmuró la duquesa—, y comprendo que la preferiríais á todas las mujeres del mundo, aunque la más amante de esas mujeres os ofreciese el más rico de los ducados.

—Amo á Colomba, señora—dijo Ascanio—, y vos sabéis que es preferible el amor, ese bien del cielo, á todos los bienes de la tierra.

—Sí, Ascanio, sí; vos la amáis sobre todas las cosas. Por un momento creí que vuestra pasión por ella no fuera más que un amor vulgar. Me equivoqué. Bien lo veo ahora—añadió suspirando—. Separaros más tiempo á uno del otro sería oponerse á la voluntad de Dios.

—¡Ah, señora!—exclamó Ascanio juntando las manos—. Dios os ha concedido el poder de reunirnos. Sed grande y generosa hasta el fin, señora, y haced la felicidad de dos criaturas que os amarán y bendecirán toda su vida.

—Bien, sí, estoy vencida, Ascanio—dijo la duquesa—. Sí, estoy dispuesta á protegeros, á defenderos; pero ¡ay! quizás á estas horas sea demasiado tarde ya.

—¡Demasiado tarde! ¿Qué queréis decir?—repuso Ascanio.

—Tal vez á estas horas, Ascanio, tal vez yo también estoy perdida.

—¡Perdida! ¿Por qué, señora?

—Por haberos amado.

—¡Por habermé amado! ¿Vos perdida por mi culpa?

—Sí, soy una imprudente; sí, perdida por culpa vuestra; perdida por haberos escrito.

—¿Cómo es eso? No os comprendo, señora.

—¿No comprendéis que el preboste, pertrechado con la orden del rey, ha decretado un registro general en el palacio de Nesle? ¿No comprendéis que este registro, en el cual se buscan todas las pruebas de vuestros amores con Colomba, se practicará, principalmente, en vuestra habitación?

—¿Y que?—preguntó Ascanio impaciente.

—¡Pues qué!—continuó la duquesa—. Si encuentran en vuestra habitación aquella carta que en un momento de delirio os escribí, si aquella carta es reconocida como mía, si aquella carta va á parar á manos del rey, á quien engañé y á quien luego quise hacer traición por vos, ¿no comprendéis que se derrumbará mi poder también en un instante? ¿No comprendéis que nada podré hacer por vos ni por Colomba? ¿No comprendéis, en fin, que estoy perdida?

—¡Oh!—exclamó Ascanio—. Tranquilizaos, señora, no hay peligro; esa carta está aquí, la tengo en mi poder, no se ha separado de mí ni un momento.

La duquesa respiró, y su rostro pasó de la expresión de la ansiedad á la de la alegría.

—¡Que no se ha separado de vos, Ascanio!—exclamó á su vez—. ¡Que no se ha separado de vos! ¿Y á qué sentimiento, decid, debo que hayáis conservado en vuestro poder esa carta preciosa?

—A la prudencia, señora—murmuró Ascanio.

—¡A la prudencia! Me he equivocado, pues, una vez más. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Sin embargo, debiera estar muy cierta y convencida. ¡A la prudencia! Pues bien—añadió fingiendo que hacía un esfuerzo sobre sí misma—; toda vez que sólo debo estar agradecida á vuestra prudencia, Ascanio, decidme: ¿creéis que sea prudente guardar aquí con vos ese papel, cuando puede bajar á vuestra prisión en cualquier momento alguien que os puede registrar por fuerza? ¿Os parece prudente, repito, guardar una carta que, si es conocida, privará de los medios de protegeros á vos y á Colomba, á la única persona que puede salvaros?

—Señora—dijo Ascanio con voz dulce, impregnada en ese tinte de melancolía que sienten siempre los corazones puros cuando se les obliga á dudar—; ignoro si la intención de salvarnos á Colomba y á mí, está en el fondo de vuestro corazón como en vuestros labios; ignoro si el deseo único de volver á ver esa carta que, como habéis dicho, puede perderos, os ha conducido hasta aquí; ignoro, en fin, si una vez que la tengáis en vuestras manos, os convertiréis de protectora en enemiga mía; pero lo que sé, señora, es que esa carta es vuestra, os pertenece, y desde el momento en que venís á reclamarla, yo no tengo derecho á retenerla.

Ascanio se levantó, fué derecho á la silla, encima de la cual estaba su jubón, registró el bolsillo, y sacando una carta cuyo sobre reconoció la duquesa al primer golpe de vista, dijo:

—He aquí este papel tan deseado por vos, señora, y que sin poder serme útil, puede seros perjudicial. Tomadlo, desgarradlo, aniquiladlo. Yo he hecho lo que debía; vos haréis lo que os plazca.

—¡Ah! ¡Tenéis ciertamente, un corazón noble, Ascanio!—exclamó la duquesa, llevada de ese primer impulso que surge á veces aun en el fondo de las almas más corrompidas.

—Alguien viene, señora, ¡tened cuidado!—exclamó Ascanio.

—Tenéis razón—dijo la duquesa.

Y al oír ruido de pasos que, efectivamente, se aproximaban, ella extendió rápidamente la mano hacia la lámpara, presentando el papel á la llama, que prendió en él y lo devoró en un instante. La duquesa no lo soltó, sin embargo, hasta que estuvo á punto de quemarse los dedos, y la carta, ya casi consumida, cayó revoloteando; cuando llegó al suelo estaba completamente reducida á cenizas, y sobre las cenizas puso el pie la duquesa.

En aquel momento apareció el preboste en la puerta.

—Me han avisado que estabais aquí, señora—dijo con intranquilidad, mirando alternativamente á Ascanio, y á la duquesa—, y me he apresurado á bajar para ponerme á vuestras órdenes. ¿Necesitáis algo de mí ó de las gentes que están bajo mi mando?

—No, señor mío—dijo la duquesa sin poder disimular el sentimiento de profunda alegría que desbordaba de su corazón, reflejándose en su rostro—, no; pero no puedo menos de agradeceros vuestro apresuramiento y vuestra buena voluntad; he venido únicamente para interrogar á este joven que habéis hecho arrestar, y asegurarme de si es ó no tan culpable como se dice.

—¿Y cuál ha sido el resultado del examen?—preguntó el preboste con un tono en el que no pudo impedir que se percibiera cierto ligero tinte de ironía.

—Que Ascanio es menos culpable de lo que yo había pensado. Os recomiendo, pues, señor, las mayores atenciones para con él. Por lo pronto, el pobre muchacho está muy mal alojado. ¿No pudierais destinarle otra habitación?

—Se caldeará ésta desde mañana, señora, pues sabéis que vuestros deseos son órdenes para mí. ¿Tenéis otra cosa que mandar, ó queréis continuar vuestro interrogatorio?

—No, señor mío—respondió Ana—; ya sé todo cuanto deseaba saber.

Al decir esto, la duquesa salió del calabozo, dirigiendo á Ascanio una postrer mirada, mezcla de reconocimiento y de pasión.

El preboste la siguió y la puerta se cerró tras ellos.

—¡Pardiez!—murmuró Aubry, que no había perdido una palabra de la conversación de la duquesa y Ascanio—. ¡Pardiez! He llegado á tiempo.

En efecto; el primer cuidado de Marmagne, al volver en sí, había sido anunciar á la duquesa que acababa de recibir una herida que bien pudie-

ra ser mortal, pero que antes de morir quería revelar un secreto de la más alta importancia para ella. A consecuencia de esto, la duquesa fué á verle. Marmagne la dijo entonces que había sido atacado y herido por un joven llamado Santiago Aubry, el cual buscaba la manera de entrar en el Châtelet para acercarse á Ascanio y llevar á Cellini una carta que Ascanio poseía.

Al oír tales palabras, la duquesa lo comprendió todo, y maldiciendo de la pasión que la había hecho una vez más salirse de los límites de su acostumbrada prudencia; á pesar de ser las dos de la madrugada, dirigióse al Châtelet, pidió que le abrieran el calabozo del preso, y allí tuvo con Ascanio la escena que acabamos de referir, y que había tenido, así al menos lo creía la duquesa, el desenlace que ella deseaba, aunque Ascanio la hubiera engañado sin saberlo.

Como había dicho Aubry, ya era tiempo.

Pero sólo estaba hecha la mitad de su labor; faltaba la otra mitad, la más difícil. Santiago tenía su carta, que estuvo á punto de desaparecer para siempre; pero para que aquella carta tuviera su valor real, no debía permanecer entre las manos de Aubry, sino pasar á las de Cellini.

Ahora bien; Aubry estaba preso, bien preso, y había aprendido de su predecesor que no era cosa fácil salir del Châtelet. Estaba, pues, debemos decirlo, como aquel gallo que se encontró una perla y no sabía qué hacer con tanta riqueza.

Probar á huir por la violencia era imposible. Armado de su puñal, Santiago podía matar al carcelero que le llevaba la comida y coger sus llaves y sus ropas; pero, además de que este medio extremo repugnaba á la excelente naturaleza del muchacho, no le ofrecía aún, necesario es decirlo, bastante seguridad. Tenía diez probabilidades contra una de ser reconocido, registrado, despojado de la preciosa carta, y encerrado de nuevo en su calabozo.

Probar á huir por la astucia era menos factible aún. El calabozo estaba construido á ocho ó diez pies bajo tierra; enormes barras de hierro cruzaban el tragaluz, por el cual penetraba el único rayo de luz que descendía hasta su prisión. Era necesario, por lo menos, romper uno de aquellos barrotes, pero luego, róto ya el barrote, ¿dónde se encontraría el fugitivo? En algún patio de murallas infranqueables, donde no faltaría quien le sorprendiera á la mañana siguiente.

Quedaba la corrupción; pero gracias al fallo dictado por el juez de lo criminal, en cuya virtud hubo de entregar veinte escudos en concepto de multa, el preso no poseía más que la suma de diez escudos por toda fortuna, suma insuficiente para tentar al peor carcelero de la peor cárcel, y que no podía ofrecerle decorosamente á un llavero de una fortaleza real.

Aubry estaba, pues, convengamos en ello, en el más grave de los apuros.

De vez en cuando parecía, sin embargo, presentarse á su imaginación una idea libertadora,

pero esa idea sin duda acarrearía graves consecuencias, porque cada vez que se le ocurría, con la persistencia de los buenos pensamientos, el rostro de Aubry se entristecía visiblemente, y él lanzaba suspiros, que demostraban que el pobre mozo sostenía una lucha interior de las más violentas.

Aquella lucha fué tan terrible y tan prolongada, que en toda la noche Santiago no se cuidó de dormir siquiera; pasó el tiempo paseándose de un extremo á otro, sentándose y levantándose. Era la primera vez que velaba para reflexionar; jamás había trasnochado más que como bebedor, jugador ó enamorado.

Al nacer el día, la lucha pareció apaciguada, sin duda por la victoria de una de las fuerzas opuestas, porque Aubry lanzó un suspiro aún más lamentable que ninguno de los que había exhalado hasta entonces, y se dejó caer en la cama como un hombre completamente abatido.

Apenas hubose acostado, sintió ruido de pasos en la escalera. Estos se aproximaron, rechinó la llave en la cerradura, chillaron los cerrojos, la puerta giró sobre sus goznes y dos hombres de justicia aparecieron en el umbral: el uno era el juez de lo criminal, el otro su escribano.

El disgusto de la visita quedó atemperado por el placer que sintió Aubry al encontrarse otra vez frente á dos antiguos conocidos.

—¡Ah! ¡ah! joven—dijo el juez de lo criminal reconociendo á Santiago Aubry—. ¡Aquí os vuelvo á encontrar! ¡Habéis hecho méritos para que os encierren en el Châtelet! ¡Pardiez! ¡Buen mozo estáis! ¡Seducís jovencitas y herís á los caballeros! Pero por esta vez id con cuidado; la vida de un caballero es más cara que el honor de una planchadora, y ahora no os libraréis por veinte escudos.

Por formidables que fueran las palabras del juez, el tono en que las pronunció tranquilizó algún tanto al prisionero. Aquel hombre de aspecto jovial, entre cuyas manos había tenido la desgracia de caer, parecía tan bonachón, que no inspiraba temor de que pudiera sobrevenir ningún daño por su parte. A decir verdad, no era lo mismo el escribano, quien á cada amenaza que profería el juez de lo criminal, movía la cabeza á guisa de asentimiento. Aquella era la segunda vez que Aubry veía á aquellos dos hombres, uno al lado del otro, y cualquiera que fuese la preocupación que le inspirase la triste situación en que se hallaba, no pudo dejar de hacer interiormente las más filosóficas reflexiones acerca de los caprichos del acaso, que en un momento de buen humor había acoplado uno á otro dos individuos tan opuestos física y moralmente.

Empezó el interrogatorio. Aubry nada ocultó; declaró que habiendo reconocido en el vizconde de Marmagne un caballero que le hiciera traición muchas veces, saltó sobre la espada de un paje y le desafió, aceptando Marmagne el desafío; el vizconde y el curial lucharon un momento;

luego el vizconde cayó en tierra. No sabía más de lo sucedido.

—¡No sabéis nada más! ¡Nada más!—murmuraba el juez dictando el interrogatorio al escribano—. ¡Peste! Basta con eso, me parece, y vuestro asunto está claro como el día, toda vez que el vizconde de Marmagne es uno de los grandes favoritos de la duquesa de Etampes. También parece que ella os ha recomendado al relator, bravo mozo...

—¡Diablo!—dijo el estudiante, que empezaba á inquietarse—. Decidme, señor juez, ¿es mi situación tan mala como afirmáis?

—¡Muy mala, mi querido amigo, muy mala! Os advierto que yo no acostumbro á intimidar á mis clientes; pero os aviso ahora, que si tenéis algunas disposiciones que adoptar...

—¡Adoptar disposiciones!—exclamó Santiago—. Decid, decid, señor juez de lo criminal, ¿creéis que mi existencia está en peligro?

—Cierto—dijo el juez—, cierto. ¡Cómo! Habéis atacado en plena calle á un caballero, le obligasteis á batirse con vos, le atravesasteis el cuerpo con la espada, y preguntáis si pelagra vuestra existencia. Si, mi querido amigo, sí; estáis en gran peligro.

—Semejantes encuentros ocurren á diario, y yo no veo que se persiga tanto á los culpables.

—Entre caballeros, sí, joven amigo. Cuando dos caballeros quieren matarse mutuamente, ejercen un derecho de su clase, y el rey nada tiene que ver en ese caso; pero si algún día los villanos conciben la idea de batirse con los caballeros, como los primeros son veinte veces más numerosos que los segundos, pronto acabarían éstos, y eso sería una lástima.

—¿Cuántos días creéis que puede durar mi proceso?

—Cinco ó seis días, poco más ó menos.

—¡Cómo!—exclamó Aubry—. ¿Cinco ó seis días nada más?

—Sin duda; el hecho está claro: hay un hombre muerto, vos confesáis que lo habéis matado, la justicia está satisfecha. Ahora—añadió el juez, dando á su rostro una expresión de beatitud aún más profunda—, si os conviene que dure dos ó tres días más...

—Me conviene mucho.

—Bien; prolongaremos las actuaciones y ganaremos tiempo. Os halláis en el fondo de un abismo, y celebraré mucho poder hacer algo por vos.

—Gracias—dijo Santiago.

—Ahora—replicó el juez—, ¿tenéis que pedirme algo?

—Deseo hablar con un sacerdote, si no es imposible.

—No; estáis en vuestro derecho.

—Entonces, señor juez, rogad que se me proporcione uno.

—Voy á cumplir vuestro encargo. ¿No me guardáis rencor, amigo mío?

—¡Cómo! Al contrario, os estoy muy reconocido.

—Señor—dijo entonces á media voz, y aproximándose el escribano á Aubry—, ¿tendréis á bien concederme una gracia?

—De buena gana—dijo Aubry—. ¿Cuál?

—Quizás tendréis amigos, parientes á quienes penséis dejar todo lo que poseéis...

—¿Amigos? No tengo más que uno, preso como yo. ¿Parientes? No tengo más que primos, y primos muy lejanos. Así, pues, hablad, señor escribano, hablad.

—Señor, yo soy un pobre padre de familia, con cinco hijos.

—¿Y qué?

—Nunca he tenido suerte en mi empleo, que he desempeñado, á pesar de todo, puedo jurarlo, con escrupulosa probidad. Todos mis colegas me aventajan.

—¿Y por qué?

—¿Por qué? ¡Ah! ¿Por qué? Os lo diré.

—Decid.

—Porque tienen suerte.

—¡Ah!

—Pero ¿por qué tienen suerte?

—He ahí lo que yo os pregunto, señor escribano.

—Y he ahí lo que quiero deciros, amable joven.

—Me agradará oiros.

—Ellos tienen suerte...—El escribano bajó todavía medio tono la voz—. Tienen suerte porque llevan un trozo de cuerda de ahorcado en el bolsillo; ¿comprendéis?

—No.

—Sois tardo de comprensión. Vais á hacer testamento, ¿no es así?

—¡Yo testamento! ¿Para qué?

—¡Toma! Para que no haya pleitos entre vuestros herederos. Pues bien; escribid en ese testamento que autorizáis á Marcos Bonifacio Grimoineau, escribano del señor juez de lo criminal, para que reclame del verdugo un trozo pequeño de la cuerda con que os ahorquen.

—¡Ah!—exclamó Aubry con voz ahogada—. Sí, comprendo.

—¿Y me concedéis lo que pido?

—¿Cómo no?

—Joven, recordad lo que acabáis de prometerme. Muchos me han hecho la misma promesa que vos, pero unos murieron «abintestato», otros escribieron mal mi nombre, Marcos Bonifacio Grimoineau; de modo que se hicieron un lío; otros, en fin, que eran culpables, palabra de honor, señor, muy culpables, fueron absueltos y se marcharon á otra parte; de modo que yo, en verdad, cuando caisteis vos en mis manos estaba desesperado.

—Está bien, señor escribano, está bien—dijo Aubry—. Esta vez podéis estar tranquilo; si me ahorcan, tendréis lo que deseáis.

—Os ahorcarán, os ahorcarán, no tengáis duda.

—¿Vamos, Grimoineau?—dijo el juez.

—Ya voy, señor, ya voy. ¿Estamos de acuerdo, señor estudiante?

—De acuerdo.

—¿Palabra de honor?

—¡A fe de villano!

—¡Vaya!—murmuró el escribano al irse—. Por esta vez creo que haré negocio. Voy á comunicar esta buena nueva á mi mujer y mis hijos.

Y siguió al juez de lo criminal, que salía reprimiéndole dulcemente por haberse hecho esperar tanto.

XXXVI

DONDE SE VE QUE UNA AMISTAD VERDADERA ES CAPAZ DE LLEVAR LA ABNEGACIÓN HASTA EL MATRIMONIO

Aubry se quedó solo haciendo reflexiones aún más profundas que las anteriores. Convengamos en que su entrevista con el juez de lo criminal era amplia materia de meditación. Sin embargo, nos apresuraremos á decir que quien hubiera podido leer en su pensamiento, habría visto que la situación de Ascanio y de Colomba, situación que pendía de la carta que él tenía en sus manos, ocupaba el primer lugar en tales preocupaciones, y que antes de pensar en él, en lo cual contaba ocuparse á su tiempo, iba á pensar en ellos.

Había invertido en sus meditaciones media hora aproximadamente, cuando la puerta de su calabozo se abrió otra vez, y el carcelero apareció en el umbral.

—¿Sois vos quien ha pedido que viniera un sacerdote?—preguntó refunfuñando.

—Sí, yo soy—dijo Aubry.

—El diablo me lleve si sé qué es lo que les pasa á todos para pedir que venga un fraile á verlos—murmuró el carcelero—. Lo único que sé es que no pueden dejarme tranquilo ni cinco minutos. Vamos, entrad, padre mío—continuó, retrocediendo para dejar paso al sacerdote—, y daos prisa.

Cerró la puerta, siempre gruñendo, y dejando frente á frente al recién llegado con el prisionero.

—¿Sois vos, hijo mío, quien me ha llamado?—preguntó el sacerdote.

—Sí, padre mío—respondió Santiago.

—¿Queréis confesaros?

—No es eso precisamente; deseo consultar con vos un caso de conciencia.

—Decid, hijo mío—respondió el padre sentándose en el banquillo—, y si mis escasas luces pueden guiaros...

—Justamente os he hecho venir para pedir os consejo.

—Os escucho.

—Padre mío—dijo Aubry—, yo soy un gran pecador.

—¡Oh!—exclamó el padre—, dichoso, al menos, el que lo reconoce.

—No es eso todo; no solamente soy un gran pecador, como os he dicho, sino que he inducido á pecar á otras personas.

—¿Tiene reparación el daño que habéis causado?

—Creo que sí, padre mío, creo que sí. Entre

los que yo he llevado conmigo al abismo, figura una joven inocente.

—¿La habéis seducido?—preguntó el sacerdote.

—Seducido, padre mío; sí, esa es la palabra.

—¿Y queréis reparar vuestra falta?

—Al menos, esa es mi intención.

—Sólo hay un medio de conseguirlo.

—Lo sé, y por eso estuve indeciso tanto tiempo. Si hubiese dos, escogería el otro.

—Entonces querréis casaros.

—No, eso no; yo no quiero mentir; no, padre mío, no es que quiera, es que me resigno.

—Mejor fuera que os inspirase un sentimiento más puro.

—¿Qué queréis, padre mío; hay hombres que nacen para casados y otros para permanecer solteros de por vida. El celibato es mi vocación, y no la quebrantaría, os lo juro, si no fuera por las graves circunstancias en que me encuentro.

—Pues bien, hijo mío; como podéis arrepentiros de vuestras buenas intenciones, os diré que lo más pronto será lo mejor.

—¿Y cuándo puede ser lo más pronto?—preguntó Aubry.

—¡Toma!—dijo el padre—; como se trata de un casamiento «in extremis», se obtendrán todas las dispensas necesarias, y creo que pasado mañana...

—Sea, pues, pasado mañana—dijo el estudiante exhalando un suspiro.

—¿Y ella?...

—¿Qué?...

—¿Consentirá?

—¿En qué?

—En el casamiento.

—¡Pardiez! ¡Ya lo creo que consentiría! Y quedará agradecida. No se presentan estas ocasiones todos los días.

—Entonces, ¿no habrá ningún inconveniente?

—Ninguno.

—¿Vuestros padres no se oponen?

—Están ausentes.

—¿Los de ella?...

—Desconocidos.

—¿Su nombre?

—Gervasia Perrette Popinot.

—¿Queréis que me encargue de llevarla esta noticia?

—Si queréis tomaros ese trabajo, padre mío, os quedaré verdaderamente reconocido.

—Hoy mismo lo sabrá.

—Decidme, decidme, padre mío: ¿podrías entregarla una carta?

—No, hijo mío; nosotros, que estamos consagrados al servicio de los presos, tenemos hecho juramento de no entregar ningún mensaje de su parte á nadie hasta después de su muerte. Llegado ese momento se hará todo lo que queráis.

—Gracias, eso sería inútil; atengámonos, pues, al casamiento—murmuró Aubry.

—¿No tenéis nada más que decir?

—Nada, si no que si se duda de la verdad de lo que sostengo, y se ofreciera alguna dificultad

para acceder á mi deseo, se encontrará, para apoyarlo, en las oficinas del señor juez de lo criminal, una querrela de dicha Gervasia Perrette Popinot, quien probará á la justicia que yo no digo nada que no sea la verdad exacta.

—Confíad en mí, que allanaré todas las dificultades—respondió el sacerdote, que creyó notar que en el encargo que se proponía cumplir, no procedía Aubry con entusiasmo, sino cediendo á una necesidad—. Dentro de dos días...

—Dentro de dos días...

—Habréis devuelto la honra á aquella á quien se la arrebatasteis...

—¡Ah!—murmuró Santiago dando un hondo suspiro.

—Bien, hijo mío, bien—dijo el padre—; el sacrificio es costoso, pero agradable á Dios.

—¡Ventre de Mahoma!—exclamó Aubry—. En ese caso Dios debe estarme agradecido; id, padre mío, id.

En efecto, Aubry no había tomado semejante resolución sin sostener una viva controversia consigo mismo; como dijera á Gervasia, había heredado la antipatía paternal hacia el matrimonio, y fué necesario nada menos que la amistad de Ascanio y la idea de que era él quien le había perdido, todo corroborado por los más hermosos ejemplos de altruismo que nos ofrece la antigüedad, para llevarle al grado de abnegación á que llegaba.

Pero, dirá tal vez el lector, ¿qué tiene que ver el casamiento de Gervasia y Aubry con la felicidad de Ascanio y de Colomba, y cómo casándose Aubry con su amante podía salvar á su amigo?

Si así piensa, debemos decir al lector que carece de penetración. Bien es verdad que el lector, por su parte, pudiera responder que no está obligado á tenerla.

Tómese, pues, el lector la molestia de leer hasta el fin este capítulo, que ha podido darse la satisfacción de pasar por alto si posee un talento más sutil.

El padre se alejó; Aubry, en la imposibilidad de retroceder, pareció más tranquilo; es propiedad de las resoluciones, aún de las más terribles, llevar la calma con ellas; la imaginación que ha luchado, descansa; el corazón que ha combatido, se adormece.

Aubry quedó, pues, tranquilo hasta el instante en que después de haber oído ruido en el calabozo de Ascanio, creyó que aquel ruido, causado por la entrada del carcelero que le llevaba la comida, era una garantía de tranquilidad para muchas horas.

En consecuencia, dejó transcurrir algunos minutos, al cabo de los cuales, convencido de que ningún ruido turbaba el silencio, se metió en su agujero, franqueó, como de costumbre, la distancia que le separaba de Ascanio, y levantó la estera con la cabeza.

El calabozo de Ascanio estaba sumido en la más profunda obscuridad.

Aubry llamó en voz baja; nadie respondió: el calabozo estaba perfectamente solitario.

El primer sentimiento de Aubry fué de alegría. Ascanio estaba libre, y si Ascanio estaba libre él no era necesario... Pero casi al mismo tiempo recordó la recomendación que oyera la víspera, para encerrar á Ascanio en una prisión más cómoda. Habíase atendido la recomendación de la señora duquesa de Etampes; aquel ruido que acababa de oír el estudiante, era el traslado de su amigo.

La esperanza que abrigara Aubry fué, pues, deslumbradora, pero rápida como un relámpago.

Dejó caer la estera y volvió á entrar en su calabozo retrocediendo. Todo consuelo érale vedado; hasta la presencia del amigo por quien se sacrificaba.

No le quedaba más recurso que reflexionar. Pero Aubry había reflexionado ya tanto tiempo, y sus reflexiones habían tenido un resultado tan doloroso, que prefirió dormir.

Echóse, pues, en el lecho, y como estaba muy atrasado de sueño, no tardó, á pesar de las preocupaciones que embargaban su espíritu, en dormirse profundamente.

Sonó que estaba condenado á muerte y que le ahorcaban; pero como por una mala maniobra del verdugo, la cuerda estaba mal engrasada, y la ejecución quedó incompleta, por lo menos se le había enterrado con algo de vida. En su sueño, Aubry vió llegar al escribano, que pretendía apoderarse de su pedazo de cuerda, pero al ir á cogerla hubo de abrir la bóveda donde estaba enterrado, devolviéndole así á un tiempo la vida y la libertad.

¡Ay! Aquello era un sueño nada más, y cuando Santiago despertó, su existencia estaba muy comprometida, y su libertad perdida por completo.

La tarde, la noche y el día transcurrieron sin que Aubry recibiera más visita que la del carcelero. Probó á hacerle algunas preguntas, pero no hubo medio de sacarle una palabra.

A media noche, y cuando Aubry estaba en su primer sueño, oyó girar su puerta sobre sus goznes, y se despertó sobresaltado. Por bien que duerman los presos, el ruido de una puerta que se abre los despierta siempre.

Santiago se incorporó en la cama.

—Levantaos y vestíos—dijo la ruda voz del carcelero, mientras detrás de él brillaban, al resplandor de la antorcha que llevaba, las alabardas de los guardias del prebostazgo.

Le segunda indicación era inútil: cómo la cama de Aubry no estaba adornada por ninguna tela, y carecía completamente de ropa, se acostaba vestido.

—¿Dónde queréis llevarme?—preguntó Aubry, aún adormilado.

—Sois muy curioso—dijo el carcelero.

—Sin embargo, deseo saberlo—replicó el estudiante.

—Vamos, vamos; nada de preguntas y seguidme.

Toda resistencia era inútil; el prisionero obedeció.

El carcelero marchó delante, Aubry iba detrás de él, y los dos guardias cerraban la comitiva.

Aubry miró á su alrededor con una intranquilidad que no se cuidó de disimular: temía una ejecución nocturna; sin embargo, una cosa le consolaba: no veía ni sacerdote ni verdugo.

Al cabo de diez minutos Aubry volvió á encontrarse en la primera sala, donde se le condujo á su entrada en el Châtelet; pero en vez de conducirlo hacia el postigo, en el que por un instante había puesto su esperanza, de tal modo los desgraciados se hacen ilusiones fácilmente, su guía abrió una puerta oculta en un ángulo y se deslizó por un pasillo interior; este pasillo daba á un patio.

La primera sensación del preso al llegar á aquel patio, encontrándose al aire libre y viendo el cielo, fué la de respirar á pleno pulmón. Esto era tanto más de agradecer, cuanto que él ignoraba la frecuencia con que semejantes azares se renovarían.

Luego, como advirtiera al otro lado del patio las ventanas ojivales de una capilla del siglo XIV, empezó á comprender de lo que se trataba.

Nuestra veracidad de narradores nos obliga á decir que ante tal pensamiento, las fuerzas estuvieron á punto de abandonarle.

Sin embargo, el recuerdo de Ascanio y de Colomba se presentó á su imaginación, y la grandeza de la hermosa acción que iba á realizar, le sostuvo en su angustia.

Avanzó, pues, con paso bastante firme hacia la iglesia: al llegar al umbral se lo explicó todo.

El sacerdote estaba en el altar; en el coro esperaba una mujer; aquella mujer era Gervasia.

A mitad del camino del coro encontró al gobernador del Châtelet.

—Habéis pedido devolver, antes de morir, la honra á la joven á quien se la arrebatásteis—dijo el gobernador—. La solicitud era justa, y os ha sido concedida.

Una nube cruzó ante los ojos de Santiago; pero llevó la mano á la carta de madama de Etampes, y cobró ánimos.

—¡Oh! ¡Pobre Santiago mío!—exclamó Gervasia yendo á arrojarse en brazos de su amante—. ¡Oh! ¿Quién dijera que esta hora por mí tan deseada nos sorprendería en semejantes circunstancias?

—¿Qué quieres, mi querida Gervasia!—respondió él estrechándola contra su pecho—. Dios sabe quiénes son aquellos á quienes ha de castigar ó premiar; sometámonos á la voluntad de Dios.

Luego, en voz muy baja y deslizando en sus manos la carta de madama de Etampes:

—Para Benvenuto—dijo—, para él solo.

—¿Eh?—murmuró el gobernador aproximándose rápidamente á los desposados—. ¿Qué es eso?

—Nada: he dicho á Gervasia que la amo.

—Como, según todas las apariencias, probablemente no tendrá tiempo de advertir lo contra-

rio, son inútiles las protestas: aproximaos al altar y acabad pronto.

Aubry y Gervasia avanzaron sin pronunciar palabra hacia el sacerdote que les esperaba. Una vez ante él los dos se arrodillaron. La misa empezó.

Bien hubiera deseado Aubry cambiar algunas frases con Gervasia, quien, por su parte, anhelaba demostrar á Aubry su agradecimiento; pero dos guardias colocados á ambos lados, espiaban sus gestos y sus palabras.

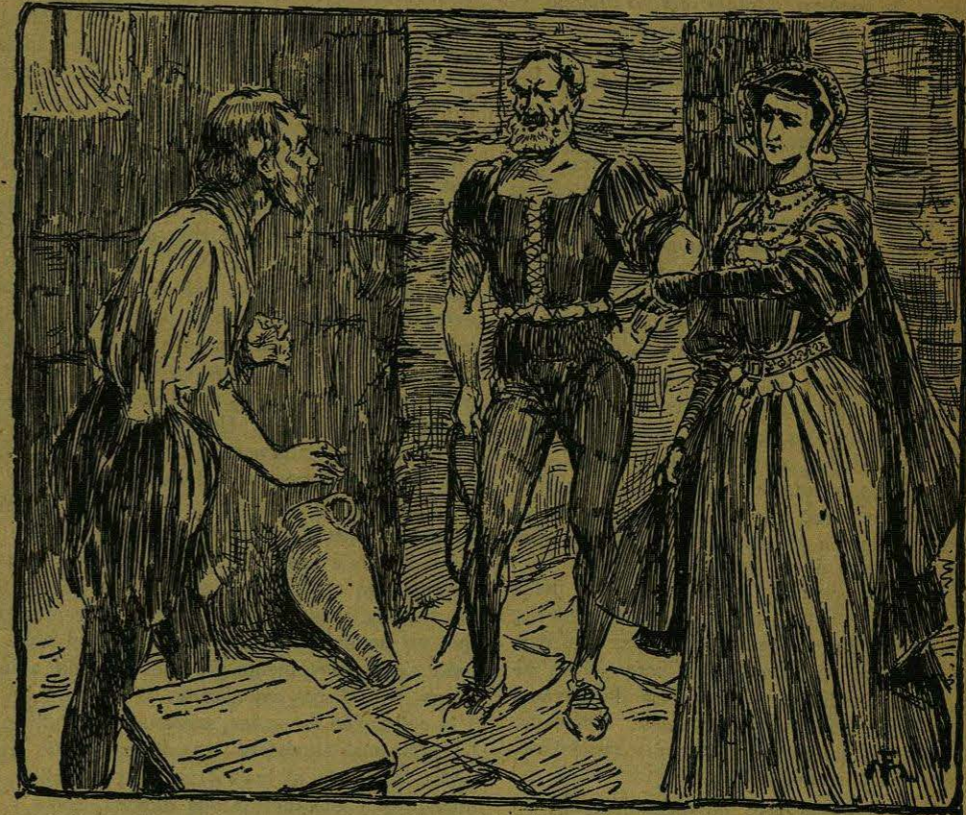
Fué una dicha que en un momento de benevo-

terialmente deshecha en lágrimas, los guardias la separaron de su esposo.

Sin embargo, tuvieron tiempo para cambiar una mirada. La de Aubry significaba: «Piensa en mi encargo». La de Gervasia respondía: «Está tranquilo; será cumplido esta misma noche ó mañana, lo más tarde».

Después se les condujo por opuestos caminos. Gervasia fué puesta galantemente en la puerta de la calle. Aubry fué conducido otra vez con mucha cortesía á su calabozo.

Al entrar de nuevo, el estudiante exhaló un



Mi perseguidora reapareció en mi presidio. Iba acompañada del verdugo.

lencia sin duda, el gobernador les dejara cambiar el abrazo gracias al cual la carta había pasado de las manos de Aubry á las de Gervasia. Perdido aquel momento, la vigilancia ejercida sobre los esposos hubiera hecho inútil la abnegación de Santiago.

Tal vez el sacerdote habría recibido instrucciones, porque abrevió mucho su plática. Quizás pensó también que era inútil hacer recomendaciones conyugales y paternas á un hombre que debía ser ahorcado dos ó tres días después.

Concluido el sermón, dadas las bendiciones, dicha la misa, Aubry y Gervasia creyeron, por lo menos, que se les concedería un momento de conversación á solas, pero no hubo nada de eso. A pesar del llanto de Gervasia, que estaba ma-

TOMO II

suspiro más profundo que ninguno de aquellos que él había lanzado aun después de su ingreso en la prisión: ¡estaba casado!

Así fué como, nuevo Curcio, Santiago Aubry se precipitó, por altruismo, en la sima del himeneo.

XXXVII

LA FUNDICIÓN

Ahora, con permiso de nuestros lectores, abandonaremos un instante el Châtelet para volver al palacio de Nesle.

A las voces de Benvenuto sus obreros habían acudido, siguiéndole á la fundición.